

LA FORMACION PARA EL SACERDOCIO EN VENEZUELA

MARIO MORONTA



INTERROGANTES

Me parece interesante abrir esta reflexión con una serie de interrogantes. ¿Qué tipo de sacerdotes (qué estilo) hay hoy en Venezuela, y cuál es el que necesita? ¿Qué es lo más importante para la Iglesia venezolana hoy? ¿Qué piensa el pueblo de los sacerdotes? ¿Responden hoy los seminarios a las exigencias de la Iglesia y del país? ¿Están presentes en la hora de Venezuela? ¿Es el sacerdocio un ideal, un estilo de vida, bien visto por la juventud venezolana? ¿Qué es lo más importante: buscar sacerdotes donde sea o formarlos en el contexto de Venezuela? ¿Existe una auténtica pastoral vocacional? ¿Por qué hay tan pocos sacerdotes nativos en nuestro país?

¿QUE ESTILO DE SACERDOTE?

El problema de los seminarios y de la formación de los sacerdotes hay que afrontarlos desde esta interrogante. Precisamente porque ella encuentra su solución en una adecuada formación de sacerdotes. Es una pregunta que debe ser respondida no con evasivas; pues muchas veces se ha contestado con simplismo. Su respuesta ha de ser la de una Iglesia que busca estar presente en la hora del país.

¿Qué tipo de sacerdote necesita la Venezuela de hoy de mañana? No se trata, por supuesto, de inventar o romper por romper. No se trata de crear un nuevo sacerdocio. Pero sí de buscar el estilo o tipo de sacerdote que se necesita para evangelizar en nuestra Venezuela actual.

Es de perogrullo decir que no estamos en la Venezuela de hace 20 años. Nuestra nación ha caminado. Existen logros. Hay gravísimos problemas. Es el país de los contrastes: de inmensas riquezas y profunda pobreza. Es el país defendido por un orden democrático pero hundido en una dependencia continua. Es una Venezuela que exige grandes transformaciones.

En esa Venezuela se encarna una Iglesia, aisiada muchas veces del aconte-

cer del país: por ejemplo, no se oyó la voz de la Iglesia como tal ante el fenómeno de la nacionalización del petróleo; ha estado ausente su voz frente a las situaciones que han vivido las universidades del país. Una Iglesia que no ha planificado a nivel nacional: demasiado providencialista, a la vez que vive al día.

Es una Iglesia que teme perder sus seguridades e influjos (¿acaso no los va perdiendo donde nunca debió perderlos?) y con poco sentido del riesgo. Una Iglesia que aún no se autocritica ni autocomprende. Una Iglesia sin teólogos y pastoralistas propios. Una Iglesia con un esquema netamente presbiteral: el sacerdote es "todero". Hay escasa conciencia ministerial. El presbítero es desde sacristán hasta presidente de la eucaristía.

En esta situación, la mejor descripción es la de "sacerdote todero". Tiene que saber de todo para hacer de todo. El presbítero, sea párroco u ocupe otro cargo, responde a la Iglesia de hoy. Son pocos los que hablan sobre la situación del país. Para muchos, su ministerio es posición social que les permite llegar a cierto rango (social, cultural y hasta militar). Los hay que siguen convirtiéndose en pequeños señores feudales, defendiendo sus derechos de estola y privilegios canónicos. Presbíteros absorbidos por una sacramentalización cuantitativa, muchas veces sin la preparación de una auténtica catequesis. Tampoco todo es negativo; pero no se comprende a quienes tratan de buscar o han encontrado caminos nuevos. Se les

colocan calificativos o etiquetas que nada tienen que ver con la realidad.

Pero ¿qué tipo de sacerdote es el que necesita Venezuela? ¿Podremos seguir pensando en el "todero" que hace suyo el criollísimo refrán de 'quien mucho abarca poco aprieta'? Las exigencias de una sociedad como la nuestra implican que el sacerdote sea capaz de interpretar la fe de su pueblo desde el mismo pueblo. Se le pide una clara conciencia ministerial y un profundo sentido de lo que es evangelizar. Un sacerdote que vibre con las inquietudes y situaciones de la gente; que sea capaz de hacer suyo lo que vive el pueblo: un sacerdote que no diga "tenemos que ir al pueblo"; sino "somos del pueblo".

El estilo sacerdotal debe adaptarse a las circunstancias actuales. El sacerdote de nuestro momento debe tener una clara conciencia de la estructura ministerial de su Iglesia para vivirla y darla a conocer. Para ello, debe tomarse conciencia de su ministerio salvífico, lo que le obligará a ser un hombre de oración y evangelio. A la vez, comprenderá que todos los escalafones no tienen sentido en el ministerio sacerdotal, pues está llamado a ser el último para ser el primero en servir.

Es urgente que nos respondamos esta pregunta: ¿qué tipo de sacerdote es el que necesita Venezuela? Sin romper con la unidad y universalidad de la Iglesia... pero recordando que la Iglesia se adapta a cada cultura y sociedad. De la respuesta que se dé a esta interrogante, dependerá la solución de muchos problemas. Y entre ellos la del Seminario.

EL SEMINARIO

El seminario (o los seminarios) refleja claramente la situación de nuestra

* Mario Moronta R., joven sacerdote venezolano, hizo estudios de teología y Sagrada Escritura en la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma; ha trabajado en el Seminario Interdiocesano de Caracas y actualmente es párrogo de Ntra. Sra. de Copacabana, Guaremas.

Iglesia venezolana. No se planifica a largo plazo, sino que se dan soluciones perentorias que no llegan al meollo del problema. El seminario suele ser considerado como "la pupila de los ojos" de los señores obispos. Pero la solución de sus problemas no está en nombrar equipos profesoriales o directivos más o menos capaces. Allí no está sino una parte de la solución.

Hacia finales de la década de los 60 comienza una crisis que no ha sido del todo superada. Se cierra uno de los seminarios mayores más importantes del país (Barquisimeto). También son cerrados muchos seminarios menores (Algunos los consideran innecesarios y hasta anacrónicos). Los seminaristas que iban a la UCAB son retirados para regresar a la filosofía en la casa paterna. A su vez, muchos seminaristas dejan el seminario.

El Interdiocesano, a partir de 1970, comienza a vivir una época dura. Crisis tras crisis, renuncia tras renuncias, crean una situación que influye en el ánimo y la formación de los seminaristas. No hay estabilidad ni continuidad. 1976 comienza con un equipo que debe llevar esta institución al puerto; y pareciera que desde entonces hay cierta estabilidad. A su vez, el Interdiocesano alberga el Centro de Formación teológico-filosófica, reconocido por la Javeriana de Bogotá.

Sin embargo, fuera de ciertos ligeros progresos, el esquema de formación es el mismo de hace casi 15 años. Con la diferencia de que en aquel entonces se adaptaba a las circunstancias y hoy resulta extemporáneo y anacrónico. Más aún, se sigue creyendo que el único tipo de formación de sacerdotes es el del seminario tradicional. Se tiende a regresar. Y es lógico dentro de la situación de una Iglesia que no se arriesgue a planificar. Se busca lo "seguro".

La disciplina ha variado en sus formas externas. Esto incluso acarrea críticas, pues no se consiguen las cosas de antes (sotana, etc. . .). Pero esa "adaptación a los nuevos tiempos" disimula la disciplina de hoy. Muchos se preguntan por qué los seminaristas sienten tanto temor de expresar sus ideas u opiniones. ¿No será porque no hay una garantía de aceptación? ¿No será porque hay que cuidar la imagen? La disciplina actual, el régimen de internado no es el único. Debería buscarse algo más y mejor. . . aunque se han cerrado experiencias interesantes (Filosofía en la UCAB) y otras han muerto sin ni siquiera nacer (pequeñas comunidades).

La disciplina busca crear un tipo de sacerdote "sin problemas". Todo se da de hecho. Hay que proteger al seminarista; aunque ¿cuántas veces, no se evade esta protección? Una espiritualidad tipo seudomonacal que responde poco a las exigencias de la vida del sacerdote diocesa-

no es el que se trata de vivir en ese tipo de institución. Se busca cumplir con fórmulas externas, horarios. . . pero, ¿acaso se crea una auténtica vivencia (personal y comunitaria) del misterio de Cristo?

Lo más grave de todo esto es que el seminarista lo acepta. Aunque no esté de acuerdo con ello, aunque se rebele internamente. Pues sabe que su conformismo le da garantía para llegar al final. Así cumple, marca tarjetas, y no se complica la vida ni la de los superiores.

Lo intelectual juega un papel importante dentro de la formación del futuro sacerdote. Se pide que sea alimento incluso de su vida espiritual e instrumento para su acción pastoral. Pero hagamos otra pregunta: ¿Responde hoy la formación filosófico-teológica a las exigencias de la Iglesia? Es difícil dar respuesta positiva cuando uno ve que hay interés por llenar un pensum; cuando se nota que hay que estudiar para un examen. Pero se hace más difícil esa respuesta cuando nos damos cuenta de que no se dan instrumentos ni preparación para interpretar nuestra realidad, ni la fe de nuestro pueblo, ni las corrientes modernas de pensamiento.

Prueba de ello está en la casi nula producción teológica del clero venezolano. Esquemas europeizantes, pastoralismos de laboratorio: pero no una reflexión autóctona que parta de nuestra realidad para también unirse a la teología de la Iglesia universal. Dependemos. Ahí está otro de nuestros graves problemas.

Otras de las cosas que se estudian desde hace mucho tiempo es la formación apostólica. En una Iglesia ministerial, esto es importante. Hay que seguir buscando caminos, para que esa formación apostólica no sea sólo de carácter urbano. Muchos seminaristas regresan a sus lugares de origen, preparados para trabajar en la gran urbe; pero con escasos instrumentos para hacerlo en el campo. En los años 60 la instauración de campos de misión ayudó mucho en esta formación. Se ignoran las causas del abandono de este método.

PASTORAL VOCACIONAL

La situación de la formación sacerdotal es muy compleja. Responde, como se apuntó al principio, a causas concretas. Muy unida a esa situación, está la pastoral vocacional. Hablar de la formación de sacerdotes, sin hablar de esta rama de la pastoral es quedarse cortos.

Hace unos 10-15 años se dio un "movimiento vocacional" muy interesante. Con esquemas y planteamientos adaptados a la época, dio sus resultados. Hoy queda poco. Más aún, la pastoral vocacional es la cenicienta de la labor de nuestra Iglesia. La mayoría de las veces, el responsable es recargado con otros trabajos que le absorben todo el tiempo. Es como si

hubiera que nombrar alguien para figurar.

Por otra parte, no encaja en un trabajo de conjunto. Pues hablar (o hacer) de pastoral vocacional sin vínculo estrecho y eficaz con la pastoral de la familia, de la juventud, de la catequesis, de los ministerios. . . es cumplir con el refrán de "un tiro al gobierno y otro a la revolución". La desorganicidad de nuestro trabajo lo explica. Allí está una de las fallas de nuestra pastoral vocacional.

A eso añadimos que la imagen de sacerdote que presentamos a nuestros jóvenes no les convence. Precisamente porque no nos hemos sentado a pensar con calma qué tipo de sacerdote es el que requiere Venezuela. Junto a esto, da la impresión de que muchas veces la pastoral vocacional está en función de recoger fondos: o porque se plantean las angustias económicas de los seminarios o porque va unida a una colecta especial. ¿No sería mejor separar ambas cosas? ¿No sería mejor hacer una campaña continua? ¿No sería mejor unirla a una pastoral familiar, juvenil. . .?

Existen métodos anacrónicos. Pero sobre todo desorganicidad. A esto únase el desinterés por lo vocacional: parece que no lo sentimos como propio; además de que aún podemos acudir a otras Iglesias locales para que nos ayuden. Pero cabe una pregunta: ¿Acaso no es ya tiempo de que estuviéramos ayudando a otras Iglesias necesitadas?

UN ATISBO DE SOLUCION

Dos premisas: Lo primero es que la presente reflexión no quiere concluir con la impresión de que todo es negativo. Más, a partir de un choque con lo que nos disgusta tomamos conciencia de un cambio. Y es hora de que se produzca ese cambio. Lo segundo es que perdería todo valor este artículo si propusiera recetas para la solución del problema. Ese es uno de los desaciertos en que caemos con frecuencia.

Pero sí se ve un camino para solucionar este problema: el planificar para largo tiempo. Si no hay esto, nuestra Iglesia seguirá dando soluciones pasajeras a sus situaciones. Ahora bien, esta planificación nacional (que supone una planificación a nivel diocesano) exige orar, reflexionar, arriesgar todos juntos. Esto es posible, pues creemos en el Espíritu Santo y en la Iglesia.

Esta planificación a nivel nacional exigirá que se afronte la formación de los sacerdotes en términos de pastoral de conjunto. La respuesta será, entonces, no para salir del paso sino para continuar el camino del Pueblo de Dios.

El diálogo queda abierto. Tenemos que buscar en común. Compartir. No defender por defender. No atacar por atacar. Como cristianos debemos construir. ○